

# **SALVADOR PÁNIKER**

## **Diario del anciano averiado**



La esperada cuarta entrega de los diarios de Pániker. Un documento memorialista, intensamente humano, donde aflora lo más relevante de su obra. «Un crítico ha señalado que lo mejor de mi obra (y lo más ameno) se encuentra en mis diarios. Esos textos son, en todo caso, los que más he disfrutado escribiendo. Diario del anciano averiado comprende el período que va del año 2000 al 2004, ya en pleno siglo XXI. Como de costumbre, hablo de mis vivencias, mis reflexiones, anécdotas de mi vida social e, incluso, de dos nuevas historias de amor que pueden sorprender al lector tanto como me han sorprendido a mí mismo. De lo cual se infiere que, en contra de lo que dice el título del libro, el anciano no está todavía del todo averiado». Salvador Pániker en Diario del anciano averiado prosigue la serie iniciada por Cuadernillo amarillo, Variaciones 95 y Diario de otoño.

# 2000

## *2 de enero*

Arranca el año 2000 dentro de un clima de optimismo económico considerable. La OCDE pronostica la llegada de una onda de crecimiento que habrá de durar hasta el 2020. Abundancia de prospectivas en los periódicos. Muchos se ocupan de asuntos que yo mismo vengo glosando desde hace años, así el movimiento simultáneo hacia lo planetario y lo local, el tema de la religión a la carta, el mestizaje, el desciframiento del genoma humano, la tecnología inteligente, los movimientos migratorios.

Tocante a eso último, la ONU advierte que Europa necesitará más de cien millones de inmigrantes de aquí al 2025; lo cual es una consecuencia de la disminución y envejecimiento de la población. España, que era un país de alta natalidad hace treinta años, se ha convertido en uno de los de menor fecundidad del mundo. España, con todo, tampoco tiene malas perspectivas económicas. La crisis de los años setenta comenzó a superarse a mitad de los ochenta. Las empresas se van pasando a tecnologías que ahorran traba-

jo, y habrá que ver qué ocurre con el problema del empleo. Por el momento, la paz social parece asegurada.

## 20 de enero

Hay mucha gripe, y yo sigo sin ánimo y sin estamina (traducción improvisada del inglés *stamina*). A pesar de lo cual decido asistir a la cena literaria a que me invita la editorial Planeta. Y lo mejor ha sido la llegada tardía de JX, sonriente y llena de naturalidad y despiste. La JX que a mí me gusta. Joven de aspecto. El resto de la velada, previsible. A mi lado, la escritora Carmen Riera, encerrada en sí misma, trata de ser simpática pero se le nota demasiado el esfuerzo. Probablemente sea una mujer voluntariosa y tímida. En contraste con Riera, la también escritora Isabel-Clara Simó y el lingüista Sebastià Serrano son simpáticos sin esfuerzo. Charlo con Magda Oliver, que dirige algo relacionado con la cultura de la Generalitat. Abrazo a Imelda Navajo, que hoy manda en Planeta, y que dice que me admira mucho. Bien jugado, Imelda, este es el protocolo: halagarnos los unos a los otros, mantener el equilibrio con buena cara. Cesáreo Rodríguez-Aguilera, en cambio, aparece muy deteriorado, tanto física como mentalmente. En fin, intercambio saludos y sonrisas con los sospechosos habituales, incluido el alcalde Clos.

Le dieron un premio a no recuerdo quién.

## 28 de enero

El anciano se levanta de la cama tambaleándose. El anciano ha dormido mal, le duelen los huesos, no se sabe si es por gripe o por artrosis. El anciano no se propone correr los cien metros lisos, solo aspira a una cierta normalidad

con margen de maniobra. El anciano, mientras se afeita con la portátil, pedalea en el ciclostático. Luego, en algún momento, despacha por teléfono con su secretaria. Toma los medicamentos contra la hipertensión. Ojea los periódicos. Eso de leer los periódicos tiene un pedigrí incluso filosófico. Nada menos que Hegel consideraba «la lectura de los diarios matutinos como una especie de bendición», como una tarea indispensable para orientar la conducta humana. El anciano lee, pues, los periódicos y encuentra comentarios sobre la Europa que se prepara para saltar al euro. Shere Hite declara que «las mujeres serán las líderes del siglo XXI». Las acciones de Microsoft siguen superando en valor a las de General Motors, comprobación de que hemos pasado de una era dominada por la industria a otra dominada por la información. Ha fallecido Friedrich Gulda, el pianista heterodoxo que mezclaba música clásica con jazz. También ha fallecido Hedy Lamarr, probablemente la actriz de cine más guapa que ha existido. El anciano se asombra, todavía, de ser anciano; es un anciano reciente; dentro de poco se habrá acostumbrado ya a ser anciano. O quizá no. El anciano destapa la máquina y escribe lo que antecede.

### *3 de febrero*

Jueves, día de la semana en que vienen mis hijos a comer. Llegan casi simultáneamente a casa Pablo, Agustín y Flo. Les invito a pasear un rato antes del ágape. Caminamos por mis habituales circuitos vecinales, rondando el monasterio de Pedralbes. El monasterio de Pedralbes (siglo XIV, gótico catalán, dicen que su claustro es el más grande de Europa) era el lugar cercano que más le gustaba a mi hija Mónica, su iglesia era la que a veces visitaba. Pablo endereza mi columna vertebral con sus manos, dice que tiendo a encorvarme al andar. Me gusta que lo haga. Ya de regreso

a casa aparece Ana, que nos ha venido siguiendo el último trecho. «Parecáis un grupito mafioso, el clan de los sicilianos, o mejor, de los marseleses, el Chef era el Padrino». (Algunos de mis hijos me llaman Chef, y a Nuria, Chefa). Y yo pienso que este lugar, Pedralbes, fue su barrio de infancia, su monasterio de infancia, su colegio de infancia (Betania-Patmos). Una cierta raíz. Ellos, mis hijos, que tan necesitados están de raíz, dada su hipersensibilidad.

Leo la mítica biografía de Proust escrita por Painter. Me interesaba la explicación que pudiera dar el biógrafo de cómo, cuándo y por qué un autor relativamente anodino se convierte en un escritor extraordinario. Painter da muchos detalles, demasiados, y algo aclara del proceso creador. Su libro es bueno. Sin embargo, el personaje, Proust, queda como desposeído de su aura mítica. Este homosexual enfermizo y malcriado, amigo de príncipes y marquesas, resulta, en el retrato de Painter, más patético que genial. A pesar de la abundancia de datos, no se acaba de ver la relación entre el hombre y la obra.

Bien es verdad que hacia el final del libro de Painter uno se reconcilia con su biografiado. En su última etapa a Proust ya solo le importa poder terminar su obra. Morir importa menos que escribir. Lo cuenta Painter y lo corrobora Céleste, su criada, que también publicó un libro sobre el novelista. Y nosotros pensamos que eso estuvo bien. *Neceesse est navigare, vivere non necesse.*

## 22 de febrero

Mi hermana va a cumplir ochenta años. Manda una carta estándar invitando a una pequeña celebración. La cifra, ochenta años, me impresiona un poco. Ninguno de nuestros padres alcanzó esa edad. Mi hermana, aquella chica lis-

ta que en los años cuarenta conducía su automóvil, cuando apenas había automóviles y casi ninguna mujer conducía, aquella muchacha espabilada y estudiosa que tenía bastante éxito con los hombres, ochenta años. Inaudito, normal.

Yo mismo, dentro de poco, setenta y tres.

Mi relación con mi hermana es nula. Pero claro está que iré a su fiesta.

### *23 de febrero*

No estará de más dejar constancia de que mi relación con JX sigue siendo buena y bella. Todavía, a veces, sorpresiva. La otra noche paseamos por la plaza de la Catedral y por Vía Layetana, después entramos en un restaurante cuyo nombre no recuerdo y cenamos (yo, jamón jabugo, pan con tomate y dorada a la plancha; JX verduras y tortilla de espinacas). Pues bien, fue una cena cómoda y agradable, soslayando las actitudes mecánicas. Ella me miraba como extrañada de mi presencia, el mantenimiento de aquel viejo asombro —¿quién es esta persona?, ¿qué hace aquí conmigo?— hoy potenciado por lo poco que nos vemos. Ello es que JX y yo llevamos ya siete años de aventura compartida. Nos seguimos queriendo. Por así decirlo.

### *27 de febrero*

Gentes muy antiguas, una discreta colección de sobrinos, mis hermanos. Era la fiesta de Mercedes, viuda de Pélach, que cumplía sus ya citados ochenta años, una misa en la iglesia de los capuchinos, una merienda en el Casal de Sarriá, todo un poco de estar por casa, también un punto patético. Mi pobre hermano José María recluido en su Parkinson. Mercedes y Raimundo vestidos a lo indio. La mujer

de Raimundo, María, sola en un rincón. Allí también Pedro Nogués, el otorrino Ferrando, algún exempleado de Pániker, S. A., viejas amistades que hacía cuarenta años que no veía. Me presentan al marido de María del Mar Pélach, que se parece un poco a mossèn Dalmau. La hija adoptiva de Raimundo es india, tiene veinte años de edad, pero parece que tenga doce. Agradable. La mujer de Miguel Siguán me pregunta si sigo siendo *l'enfant terrible* de siempre. Pues qué te voy a decir, amiga mía. Miguel Siguán me cuenta que Robert Saumells se casó con una alumna suya, y que lo tiene perdido de vista.

Raimundo está bien conservado. Mercedes, de cara, ídem. José María es el más deteriorado. Su mujer, Elena, me dice que cuida a José María con mucho gusto, que también cuidó a sus padres. La concurrencia, ya digo, es gente vieja, y la atmósfera flotante es la de algo que pudo ser y no ha sido. Algo con grietas. Y por lo que cuenta Nuria, que estuvo en la ceremonia religiosa que precedió al guateque, allí la cosa también chirrió bastante. Alipori. Raimundo oficiando una heterodoxa misa, con pan Bimbo en vez de hostias, persiguiendo una difícil reinvención del mito: «I ara us explicaré un conte: En aquell temps, hi havia un personatge que...» (se refería a Jesucristo). Todo ello bajo una casulla convencional y en el altar de la iglesia de los capuchinos. Al final de la misa, en el momento de «darse la paz», Mercedes se levanta y recorre el recinto dando la mano a todo quisque, seguida de su hijo Rai y del «novio», José María Ferrando, que por cierto ha perdido un ojo. «Llegar a los ochenta años —comenta Nuria— para seguir con tanto narcisismo y tan poco sentido del ridículo es muy penoso».

Bueno, quizás. A pesar de los pesares, entiendo y capto a mi hermana. Su trasfondo de ingenuidad zarandeada por la vida. Se propuso ser una gran empresaria y ha conseguido ser una discreta jubilada. Desde hace años asume un rol indeciso, mixtura de fracaso sobre un fondo de buena suer-

te. (La buena suerte se la aporté yo cuando le compré sus acciones de P. S. A.). Todo como un poco encogido. Ahora quiere ella acogerse a algún rito final, y el cristianismo católico le sirve. Siempre le sirvió. Un cristianismo heterodoxo, aunque tampoco tanto. Algo parecido cabría decir de nuestro hermano Raimundo. Por ejemplo, la ceremonia de la misa un poco libre que celebra Raimundo también es convencional. Es el intento de mantener, con una mezcla de provocación y buena voluntad, una tradición marchita. Es una liturgia de contracultura de los años sesenta. Encima, ese cura católico esconde a su mujer y a su hija adoptada, y uno no sabe por qué tiene mujer e hija adoptada, por qué las esconde, por qué sigue empeñado en ejercer de cura. En fin. Abrazo a mi hermana, la felicito por su cumpleaños, y ella me corresponde con una sonrisa ambigua, mezcla de dignidad, obstinación, resignación, distancia.

## *28 de febrero*

Sucesos. ETA asesina al dirigente socialista vasco Fernando Buesa y a su escolta, el *ertzaina* Jorge Díez. La irracionalidad de origen clerical en todo su fanático apogeo. El clima político de este país sigue confuso. No se sabe muy bien quién habrá de gobernar en España tras las elecciones del próximo 12 de marzo, a pesar de que el PP tiene todos los vientos (económicos) a su favor. Llamo a Paco Umbral.

«En las próximas elecciones —dice Paco— ganará, aunque por muy poco, Aznar, que es un funcionario, y está haciendo una campaña anodina, que es lo que le conviene». Y añade: «Lo que no sé es qué hago yo aquí, escribiendo todos los días desde la izquierda; me leen, sí, pero no me asumen: solo me consumen». Bueno, le digo yo, tampoco cabe aspirar a mucho más.

## 6 de marzo

Conversación con Virginia, alias VB. Menciona ella que «hay poca gente que alguna vez ha dicho sí». Lo ha leído —esta idea— en un autor cuyo nombre ha olvidado. Yo le recuerdo la frase de Huxley de que a veces se tiene la sensación de que el mundo ya está bien tal como está.

Bien mirado, debajo de toda actitud no estrictamente nihilista subyace una cierta aceptación de la realidad en bloque. El propio Camus cita a Sófocles en *Edipo*: «A pesar de tantas pruebas y de mi edad avanzada [...] tengo que juzgar que todo está bien». Más allá de su general descontento, T. S. Eliot escribe: «Porque yo sé que el tiempo es siempre tiempo / y el espacio nunca es más que espacio [...] / me alegra que las cosas sean como son [...]». Algunas filosofías se ciñen, ya de entrada, a lo fáctico. El taoísmo, el epicureísmo, el espinosismo. El mismo budismo, mucho menos nihilista de lo que se dice, descubrió, con miles de años de anticipación sobre Wittgenstein, que no existe ningún «problema» de la realidad. Otro gran referente es Hegel, el filósofo de la reconciliación entre el ser y el deber-ser, el pensador que incorpora el dolor, la adversidad, la muerte —lo que él llama la negatividad— dentro del proceso de lo real. En fin, el propio Nietzsche se apuntó al *amor fati*, y escribió: «Quiero ser uno de los que solo dice sí». Movimientos vanguardistas se han adherido a esa onda. «Quiero el mundo y lo quiero tal cual» es el encabezamiento, en 1960, de la revista *Tel Quel* (Philippe Sollers) en su número inaugural.

(A destacar el cauteloso planteamiento de Woody Allen: «La respuesta es sí, pero ¿cuál es la pregunta?»).

Hoy nos encontramos en lo alto de una cierta lucidez y prevalece el pragmatismo filosófico. La vieja cuestión —¿cabe confiar en la realidad o se trata, más bien, de una broma de mal gusto?— se va diluyendo. Hoy tendemos a

pensar que la pregunta sobre el sentido de la vida no tiene, precisamente, mucho sentido, toda vez que el *sentido* no es algo que se encuentre «ahí afuera» sino algo que construimos nosotros. «El misterio de la vida —solía decir Alan Watts— no es un problema a resolver sino una realidad a experimentar». Lo tengo escrito en otro lugar: alguien abierto a la experiencia no pregunta por las razones de existir. La preocupación por el sentido de la vida, que tantos totalitarismos doctrinarios ha generado, no es tanto una cuestión filosófica cuanto el síntoma de que el flujo dinámico del vivir ha sido obstruido.

Agotadas las respuestas tradicionales a la cuestión del sentido de la vida —incluida la respuesta más reciente, la respuesta política—, es hora de comprender que el sentido de algo es, sencillamente, este mismo algo; que el sentido de la vida es la misma vida; que «la rosa es sin porqué», como dijera Angelus Silesius. Buscar el sentido de lo real es empeñarse en dar explicaciones innecesarias. Una mujer hermosa no necesita ser vanidosa: es hermosa. Uno de los atractivos del budismo es que también hace desaparecer la cuestión del sentido. Por el contrario, las filosofías del absurdo nos repelen por su empeño en buscarle un sentido a la vida, un sentido que, naturalmente, no encuentran.

Quiere decirse, en todo caso, que tendemos a conservar el equilibrio desde una cierta prioridad de la praxis sobre la teoría. Prevalece la postura de Wittgenstein: la «metafísica» como enfermedad del lenguaje. Devaluación general de la filosofía, que para Richard Rorty es poco más que una «conversación». Recuperación de las ya mencionadas viejas sabidurías.

—¿Qué es el Tao? —pregunta el discípulo durante un paseo.

—Sigue caminando —responde el maestro.

Recuperación, también, de la ambivalencia original de todas las cosas. Herederos de Hegel, pero también de Jung, creemos que todo está bien y mal *a la vez*, y que si

uno decide seguir viviendo tiene que asumir la citada ambivalencia. Como a su manera ya hicieron los pueblos primitivos. (Nota: Sigmund Freud —«The antithetical meaning of primal words»— ya advirtió que las lenguas primitivas emplean a menudo una única palabra para describir dos ideas contrarias).

La nueva sabiduría es cada vez más vieja.

La retroprogresión.

### *13 de marzo*

España se ha levantado hoy más fea que ayer. Quizá económicamente más tranquila, pero desde luego más fea. El Partido Popular ha ganado las elecciones con mayoría absoluta. ¿Sorpresa? Tampoco demasiada. En un momento de euforia económica, la estrategia del Partido Socialista ha sido casi suicida: aliarse con los comunistas abandonando el espacio de centro. Resultado: pérdida de casi dos millones de votos. Joaquín Almunia, que se equivocó estrepitosamente al pactar con Izquierda Unida, ha dimitido.

Ahora bien, en contra de lo que dicen tantos, tampoco creo en la crisis absoluta del PSOE. Solo se ha dado la descalificación de un temerario esquema de Frente Popular en un momento de euforia económica. Y lo lamento por Almunia, que, sin ser un líder carismático, me parece un hombre honesto.

### *14 de marzo*

Ha fallecido Laureano López Rodó, el político más importante del tardofranquismo. Javier Tusell le dedicaba ayer un perspicaz obituario. Como ocurre tan a menudo, al personaje López Rodó no se le entiende sin tener en cuenta sus

primeras experiencias juveniles. Su familia, de clase media alta, vivió la agitación social de la Barcelona de los años veinte y treinta. Miembro temprano del Opus Dei —fue fichado por mi hermano Raimundo en 1940—, el origen de la carrera política de López Rodó debe situarse en su condición de experto. Su influencia siempre dependió de Carro Blanco, con quien formó un tándem de absoluta complementariedad. El almirante quería colaboradores de derecha tradicional (sin la demagogia de los falangistas), monárquicos, católicos y que supieran hacer leyes. López Rodó, catedrático de derecho administrativo, cumplía esos requisitos. En sus manos, el franquismo pasó a asemejarse a una dictadura burocrática cuya propaganda se basaba en la mejora del nivel de vida. Se suele recordar en este sentido su papel al frente de los planes de desarrollo, pero también fue importante la modificación que hizo de la legislación contencioso-administrativa a finales de los años cincuenta.

López Rodó tenía varias obsesiones mientras estuvo en el poder: que los catalanes fueran a Madrid a hacer política; que un régimen (el franquismo) que llevaba treinta años de duración no debía tomarse a broma; que con el desarrollo económico desaparecerían los extremismos. La famosa frase «España tiene que llegar a los mil dólares de renta per cápita, después ya veremos» no la dijo él, la dije yo para compendiar un aspecto tácito de su pensamiento. Después, la frase hizo fortuna y circuló por todas partes.

López Rodó, al margen de su ideología conservadora más o menos reaccionaria, era un animal político bastante fino. Una vez me dijo, sentado en su despacho de ministro: «Cuando alguien viene a verme y comienza diciendo que a él le gusta llamar al pan pan y al vino vino, automáticamente pienso que con este tipo no me voy a entender». Ello es que López Rodó se consideraba un político, no un tecnócrata. Pero lo cierto es que lo que latía bajo su política era, precisamente, la ideología tecnocrática. Talcott Parsons describió la ideología tecnocrática como un neoconfucia-

nismo impregnado de ética calvinista. He hablado de todo esto en mi libro *La dificultad de ser español*. También en *Segunda memoria*. En fin, Laureano López Rodó fue un factótum de la restauración borbónica de 1975, fue un factor de moderación en su época, y pienso que, con todas las reservas que se quiera, su actuación política facilitó la transición pacífica de España hacia la democracia.

### 16 de marzo

«We are such stuff / as dreams are made on». He aquí a Shakespeare enunciando la doctrina *maya* del hinduismo, como ya advirtiera Aldous Huxley en el último artículo que escribió en su vida. Sí, leo la descripción que hace Laura Huxley de las últimas horas del gran escritor inglés, y me entero de que un Huxley moribundo todavía dictaba un artículo sobre Shakespeare. «En aquel momento Aldous quería, sobre todo, terminar su artículo, y prefería no divagar». Bien jugado, amigo.

Interrumpo la lectura. Pienso en Mónica, pienso en mis hermanos (tan ancianos ya), en los moribundos que son y han sido y serán. Murieron el mismo día, Aldous Huxley y John F. Kennedy. Pero casi era preferible la muerte de Kennedy —de un golpe, en plena juventud, sin tiempo para conocer la decrepitud— a la de Huxley, exhausto, apagándose, vencido por la enfermedad.

Comida ayer en Neichel con Nuria Tey (Plaza & Janés), Ángel Lucía (Debate), ambos del grupo Bertelsmann/Random House, y Margarita Rivière. Ambiente de mucha cordialidad. Quieren que publique mi próximo libro —*Cuaderno amarillo*— con ellos, para inaugurar la colección Areté Ensayo. Un mínimo de treinta mil ejemplares como primera ti-

rada, gran promoción en los medios, salida por octubre de este año.

Naturalmente, les digo que su oferta me halaga. Naturalmente, aceptaré su oferta.

## 21 de marzo

Ernest Lluch nos cuenta *gossips*. Por ejemplo, dice que el Rey se enfada mucho cuando sacan la foto de «los padres de la Constitución» y no mencionan a Alfonso Guerra y a Abril Martorell, que fueron quienes realmente la pactaron; que el Rey siente debilidad por Alfonso Guerra, que lo quería hacer marqués junto a Abril Martorell (Alfonso Guerra declinó: «Verá usted —le dijo al monarca—, es que la gente se iba a reír mucho»); que Felipe González sigue siendo el que más sabe de todo en el PSOE; que los del PP odian a Herrero de Miñón; que Jordi Pujol no ha tenido buena suerte con sus hijos; que Jordi Pujol, cuando se casó, le dijo a su mujer: «Ten en cuenta que entre tú y Cataluña siempre escogeré a Cataluña» (o sea, concluye Lluch, que según el derecho canónico no están casados); que en Europa no hay actualmente ningún verdadero líder, que Romano Prodi no sabe por dónde navega; que Roca Junyent no volverá ya a la política, lo cual es una lástima pues se trata de la mejor cabeza de Convergència i Unió; que cuando salió en España la primera ley del aborto, los socialistas —siendo ministro el propio Lluch— consultaron con el Papa, el cual les dijo que lo peor de esas cosas es que la gente tiende a confundir lo legal con lo moral; que en la familia de Lluch ha habido dos cardenales.

Todo lo cual nos lo iba contando Lluch comiendo en la Fundación Vila Casas, con asistencia del doctor Miquel Viardell, María Casado, el propio Vila Casas y yo mismo.